

¿Tiene programa el "Frente Nacionalista Popular"?

Luis Ugalde

Desde comienzos de noviembre circula en reducidos grupos un folleto multigráfico de 49 páginas con las "Bases para la elaboración del Programa de Gobierno del Frente Nacionalista Popular".

En la presentación del proyecto "se exhorta a los más variados sectores y personalidades progresistas y revolucionarios del país que se sientan solidarios y amigos del Frente, para que hagan llegar a éste, a la mayor brevedad posible, las ideas, observaciones y recomendaciones

que enriquezcan lo que ha de ser el Programa de Gobierno definitivo" (pág. 3).

No estamos identificados con ningún partido político, pero tratamos de ser "solidarios y amigos" de las personas que en Venezuela viven en la privación, opresión e injusticia y, por tanto, nos interesan los programas que tratan de abrir cauces para que todos los venezolanos, de hecho, sean ciudadanos de primera categoría y puedan vivir una vida digna.

I.—ELEMENTOS MAS RESALTANTES DEL PROGRAMA

Parece un acierto la idea de sacar este borrador de discusión dos años antes de las elecciones "para ser consultado y discutido ampliamente en los Comités Populares, grupos políticos y demás sectores y personas interesados en el Frente, a los efectos de la elaboración del Programa definitivo" (presentación).

El Proyecto se fija tres objetivos fundamentales que —más allá de las formulaciones discutibles— no deberían considerarse ajenos a la Constitución Nacional:

- 1) Derrotar al imperialismo y a la oligarquía, así como a sus partidos sostenedores.
- 2) Realizar la liberación nacional.
- 3) Abrir caminos, mediante la transformación profunda de las estructuras económicas y sociales, hacia el desarrollo de una democracia socialista (pág. 1).

Objetivos ambiciosos, pero de necesidad vital para la mayoría de los venezolanos.

El Proyecto tiene 14 capítulos, cada uno de los cuales trata de afrontar un problema nacional y enunciar las soluciones. Sería largo analizar todos los capítulos, pero sí queremos comentar algunos más importantes antes de entrar al comentario general.

DEPENDENCIA ECONOMICA

El planteamiento del problema parece objetivo. Nadie puede poner en duda nuestra dependencia económica del extranjero. Tampoco la relación de la "alta burguesía criolla" con esta dependencia. Tanto la terminología como los hechos señalados son patrimonio común de los estudios alimentados por la escuela de la "teoría de

la dependencia" y el hecho de la dominación es sufrimiento compartido por las mayorías.

Siguiendo el esquema de enfermedad-remedio, anuncia a continuación la serie de medidas a tomar para eliminar la dependencia: planificación, nacionalización, control de inversiones extranjeras, movilización de los recursos financieros internos, industrialización integral, estímulo a la pequeña y mediana industria, fomento agropecuario, desarrollo integral de la industria pesquera, integración latinoamericana y comercio exterior.

Fuera de sectores minoritarios vendidos al extranjero o superprivilegiados por la actual situación, la mayoría estará de acuerdo —a nivel de deseo general— con este abigarrado haz de buenas intenciones. Pero para pasar del planteamiento abstracto a programa político necesita incluir el estudio operativo de las medidas, con la valoración de los recursos y el sujeto político social que va a llevar a cabo, con éxito, estas ideas, además de una evaluación realista de las fuerzas que se oponen y la forma de contrarrestarlas. Solamente a ese nivel se puede hablar de programa y se puede dar un juicio concreto. De lo contrario, puede ocurrir que de las medidas para suprimir la dependencia surja una realidad todavía más dependiente.

Es peligroso en economía y en política sacralizar términos como "planificación" y "nacionalización" como si se tratara de talismanes milagrosos que actuaran independientemente de las circunstancias concretas y de las personas que se preparan a realizarlas con capacidad y eficacia. Si tratamos de programa político, no de mera declaración de principios, la **operatividad** debe ser su primera característica.

NACIONALIZACIONES

Quisiéramos detenernos un poco más en el subcapítulo de las nacionalizaciones.

En el proyecto se distinguen tres áreas de propiedad: estatal, mixta y privada. Se pretende que las empresas de propiedad privada no sean dominantes, pues parece un hecho objetivo indiscutible que la posesión privada de las grandes empresas es fuente de privilegios y de control político-social. De hecho, el poder económico controla el poder político. Esto hace que en forma creciente haya un deseo de buscar formas de socializar la propiedad de los grandes medios de producción para que el país conserve o logre su independencia y su democracia interna.

Nuestra Constitución recoge esta preocupación cuando dice:

"El régimen económico de la República se fundamentará en principios de justicia social que aseguren a todos una existencia digna y provechosa para la colectividad." (Art. 95)

"No se permitirán monopolios. Sólo podrán otorgarse, en conformidad con la ley, concesiones con carácter de exclusividad, y por tiempo limitado, para el establecimiento y la explotación de obras y servicios de interés público.

El Estado podrá reservarse determinadas industrias, explotaciones o servicios de interés público por razones de conveniencia nacional, y propenderá a la creación y desarrollo de una industria básica pesada bajo su control." (Art. 97)

"El Estado protegerá la iniciativa privada sin perjuicio de la facultad de dictar medidas para planificar, racionalizar y fomentar la producción y regular la circulación, distribución y consumo de la riqueza, a fin de impulsar el desarrollo económico del país." (Art. 98)

Sería de desear que no sólo un grupo, sino todos los partidos políticos serios, se pusieran de acuerdo para hacer efectivas las medidas "que aseguren a todos una existencia digna y provechosa para la colectividad". Lamentablemente, todavía hay muchos puntos de nuestra Constitución que son bellas durmientes.

Petróleo, gas, hierro.—El proyecto propone en concreto nacionalizar el petróleo, el gas y el hierro. Se reconoce que ello es un proceso más que un acto momentáneo. "El proceso de nacionalización del petróleo, del gas y del hierro incluye va-

rias etapas, que serán cumplidas con la mayor rapidez que permitan las circunstancias del momento." (pág. 9)

Banca.—Además se incluyen en el plan de nacionalizaciones "los institutos financieros y de crédito mediante la adquisición de la mayoría de sus acciones" (página 9).

Grandes servicios.—Electricidad, mercadeo de productos agropecuarios y los transportes más importantes.

El proyecto dice que "las empresas traspasadas a propiedad estatal serán regidas con criterio de eficacia y de rentabilidad para la colectividad, con participación de los trabajadores en su gestión" (pág. 10).

Nuestra duda no radica en la conveniencia de esas nacionalizaciones. Pero no nos sentimos tan seguros de la afirmación de que esas empresas "serán regidas con criterio de eficacia...". Siempre resulta objetivamente engañoso prometer logros sin contemplar las medidas que los puedan garantizar. Tememos que esta imprevisión lleve al mayor desprestigio una serie de medidas que nos parecen convenientes para el país. René Dumont, que ha tenido la oportunidad del contacto directo con casi todos los países donde la nacionalización mayoritaria es una realidad, advierte que "resulta fácil hablar de la colectivización, pero más difícil es realizarla correctamente, eficazmente y, por ende, con un consecuente incremento de la producción". (René Dumont y Marcel Mazoyer, "Desarrollo y Socialismo", Edit. Tiempo Nuevo, Caracas, 1971, página 84.)

Hoy tenemos en Venezuela espectáculos muy tristes de empresas nacionalizadas o municipalizadas donde la politiquería, la ineficacia y la deshonestidad parecen haber imperado. Por eso no parece que lo conveniente sea ofrecer sin más ese modelo fracasado como solución de los males de Venezuela. Por el contrario, se requiere una seria autocrítica y un análisis frío de las causas. No creemos que sean problemas insolubles. Un estudio de las **condiciones de posibilidad** de una gestión distinta eficaz y participativa y las medidas para **habilitar los medios** para lograr esa gestión, sería el paso inicial para que el proyecto y sus autores no se conviertan en enterradores del socialismo por desprestigio.

De todos es conocida la urgencia de las otras medidas económicas que se proponen. No se trata de discutir **qué** hay que lograr, sino **cómo**. Esos puntos deberían formar parte de un programa básico de todos los partidos en el que hubiera acuerdo previo al triunfo electoral y se comprometieran todos a llevarlo a cabo. ¿Somos ingenuos? Vemos la repugnancia que los políticos tienen a este tipo de propuestas, pero puede llegar el día en que sea la única salida que le queda a la democracia actual, si quiere gozar del apoyo de la mayoría.

La política es algo más que un labo-

ratorio de fotografía que se limita a pasar las imágenes negativas a positivo. Pero parece que muchos políticos todavía no han entendido así y se limitan a decir: "Con este gobierno hay hambre, pero en el mío habrá comida." Nos parece que el proyecto cae repetidas veces en este error. Por ejemplo, no basta con afirmar una evidencia tan clara como ésta: "La industrialización realizada hasta ahora no es independiente, sino que ha sido mediatizada por el capital y la tecnología extranjeros." (pág. 15)

Lo que nos deben decir es dónde está **nuestro** capital (en parte lo dice el proyecto) y, sobre todo, dónde está o cómo se va formar **nuestra tecnología**. ¿Qué se va a hacer para conseguirlos o crearlos? Desgraciadamente, el proyecto no afronta el problema de la creación de tecnología propia.

LA OPRESION OLIGARQUICA Y LA INJUSTICIA SOCIAL

Así se titula el segundo capítulo. En él se hace un acertado diagnóstico de males. No parece errada la apreciación global de que parte de los recursos del país se pierden "en el consumo ostentoso de una alta burguesía incapaz de dirigir un esfuerzo productivo independiente" (pág. 14). Parece acertada la afirmación de que "la oligarquía sabe que un desarrollo nacional independiente le impondría sacrificios devolviendo a la Nación, para fines de inversión productora, la parte ociosa o mal invertida de sus fortunas" (pág. 16). Pero no basta atribuir estas fallas al hecho de que "la oligarquía forma un frente común con el imperialismo para conservar el orden existente, y actúa a tal fin por intermedio de los partidos y gobiernos de la vieja y nueva derecha" (pág. 16). ¿Están seguros los partidos del Frente de ser ajenos a estas fallas? ¿Está libre de ellas la vieja y nueva izquierda? No hacemos estas preguntas por el prurito de molestar sino convencidos de que los males se escapan a la división sacralizada de "izquierdas" y "derechas". El reconocimiento es el principio de la solución.

Las medidas propuestas son deseables: reforma tributaria justa y profunda; acción

laboral, estabilidad y política de salarios; cooperativas; desarrollo regional. Pero parecen carentes de cohesión y no dimanan de una concepción socialista de la sociedad. Sólo un botón de muestra. Nada menos que hablando de los trabajadores organizados se dice que "el movimiento **reivindicativo** de los trabajadores agrupados en sindicatos es uno de los instrumentos más poderosos para promover la redistribución del ingreso y una sociedad justa" (pág. 18). Esta afirmación nos preocupa más por lo que calla que por lo que dice de la función de los trabajadores organizados. En todo el capítulo se mantiene el esquema de capital y trabajo como realidades separadas en manos de diversos grupos sociales. En él está ausente la concepción de cuál es el papel social y político de los trabajadores organizados en la creación de la nueva sociedad. Cosa que no ocurre —por traer una comparación manoseada por defensores y adversarios— en el programa de Chile. Sin claridad sobre el papel de los trabajadores organizados y el modo de llegar a organizarse no se puede hablar de socialismo.

De las **cooperativas** se dice que "son convenientes". Pero ¿qué lugar ocupan ellas en la concepción de una nueva economía y sociedad? A los autores del proyecto les merece el calificativo anodino de "transformaciones progresistas".

Esta ligereza u omisión, en el mejor de los casos, se presenta otras veces al tratar diversos problemas, como la crisis de la educación, donde se cae en lugares comunes y análisis panfletarios.

El capítulo de la falta de participación es un triste pegote porque si las 42 páginas anteriores son conscientemente encaminadas al socialismo, la participación ha de ser el nervio central de todo el planteamiento.

Hay muchos puntos en el proyecto —por ejemplo, la reforma agraria, educación, etc.— sobre los cuales quisiéramos volver más en concreto y tal vez lo podamos hacer en otra ocasión. Ahora intentaremos un juicio global llevado sobre todo por la preocupación de que los programas políticos bajen al terreno operativo.

II.—CONDICIONES BASICAS PARA TODO PROGRAMA POLITICO

Un programa electoral puede ser una trampa o puede convertirse en un instrumento de acción en manos de fuerzas conscientes. Para que se dé lo segundo es necesario asegurar básicamente tres coherencias internas.

1.—Coherencia entre el programa y el sujeto del programa

Todo programa ha de llevar un sujeto agente. Si éste no es solvente, por bellas que sean las promesas, es siempre factor de frustración y engaño.

Ahora bien, el proyecto no lleva sujeto. Más bien pone cabeza abajo la realidad,

convirtiendo el programa en sujeto y a los hombres que deberían empujarlo, en instrumentos. "El Programa movilizará a todas las fuerzas populares para el logro de un gobierno capaz de alcanzar..." (pág. 1). Hay una verdad en esta afirmación y es que el programa puede servir para un acuerdo básico entre fuerzas políticas distintas. Pero un programa que se propone como objetivo "abrir camino hacia una democracia socialista" aspira a algo muy concreto y muy difícil, como es el cambio del sujeto político. Se propone pasar el control de la economía y de la política a manos de las mayorías trabajadoras, en

el sentido más amplio del término "trabajador". En estas mayorías, se incluyen también los hoy marginados de todo tipo de trabajo.

Por eso es fundamental el análisis de la forma en que ese pueblo va a ir organizándose, emergiendo como sujeto económico y político consciente. No basta incrementar su actual capacidad de crítica y de "cuestionamiento del sistema", sino que también ha de crecer su capacidad gestora y organizativa para que, en círculos concéntricos, desde la unidad más elemental de su núcleo de vivienda y de trabajo, se convierta gradualmente en actor de su propia historia a nivel nacional.

Por otro lado, ninguna fuerza histórica cede el poder gustosamente; ni siquiera la más decadente; por eso un programa requiere la garantía de una fuerza social ascendente capaz de contrarrestar las resistencias. Los partidos de la Nueva Fuerza han hablado de los Comités Populares, pero hay serias dudas de que éstos correspondan a la magnitud de la tarea que se asignan. ¿Están los partidos del Frente estudiando seriamente fórmulas concretas?

Si no es una fuerza social coherente la que moviliza el programa, hay muy poco que esperar, pues después de las elecciones el programa se desmaya y sólo quedan las fuerzas reales o bien capaces de llevar adelante la acción política o, por el contrario, dedicadas a la rebatiña reparatoria. Y esta rebatiña es más cómoda cuanto menos se lesionen los intereses creados. Sea dicho con todo respeto, es excesivo el elogio de Fedecámaras a este programa cuando lo identifica con el programa de Allende. Hay un abismo entre ambos, a pesar de que proponen medidas semejantes. El programa de Chile trata concienzudamente de precisar el sujeto político del programa y su papel. Su introducción lleva el título de "La unidad y la acción del pueblo organizado". Y el primer capítulo trata de "El poder popular". El segundo, de "Un nuevo orden institucional: el Estado popular".

En el primer capítulo se dice: "El Gobierno popular asentará esencialmente su fuerza y su autoridad en el apoyo que le brinde el pueblo organizado. Esta es nuestra concepción de gobierno fuerte, opuesta por tanto a la que acuñan la oligarquía y el imperialismo, que identifican la autoridad con la coerción contra el pueblo." (pág. 24)

La necesidad de esta fuerza real es la que hace decir a Marx en 1875, en carta a Wilhelm Bracke sobre el programa "socialista" de Gotha: "Cada paso del movimiento real es más importante que una docena de programas."

2.—Coherencia entre las metas del programa y los elementos condicionantes.

Todavía nos acordamos de la letanía de promesas con que URD sembró los caminos del país en 1963. Una de ellas de-

cía: "Vivienda para todos." Al mismo tiempo, en debate con COPEI, el partido amarillo sostenía que era imposible construir 100.000 casas por año. Todos sabemos, por elemental aritmética, que es imposible dar vivienda a todos sin construir por lo menos 100.000 por año. Esta contradicción se explica porque los programas no son programas, sino "slogans" publicitarios que se agitan ante las narices del necesitado para robarle su voto, pero no para cumplir. Se proponen ideales cuya realización es imposible o por lo menos está fuera de la voluntad y capacidad del que los propone. Por eso no se aborda el estudio concreto de las **condiciones de posibilidad** y de los **medios concretos** para lograr los fines. Decir que queremos independencia, trabajo, educación y vivienda para todos no es un programa, sino el suspiro que brota de la carencia actual. ¿No se convierte así el programa en opio del pueblo en el sentido en que habla Marx de la religión en la Crítica de la Filosofía del Derecho?

Desearíamos que los socialistas del Frente recordaran el siguiente reproche de Marx al programa "socialista" de Gotha. "Un programa socialista no se puede permitir semejantes formas de hablar burguesas que silencian las **condiciones**, que son las únicas que le dan sentido." Karl Marx, (Kritik des Gothaer Programms", Verlag Marxistische Blätter. Frankfurt, 1969, pág. 17.)

3.—Coherencia entre las partes integrantes del programa.

En toda sociedad están interrelacionados los elementos económicos, culturales y organizacionales.

Cuando se trata de programas reformistas, éstos pueden impulsarse con relativa independencia de los otros sectores. Pero cuando se tiene la pretensión de buscar el hombre y la sociedad socialista a partir de la realidad actual, todo ha de ir a una. Una cultura capitalista no puede sustentar una economía socialista, y viceversa. No se puede organizar una economía popular con una organización política oligárquica. Tampoco puede llegar a la participación popular política con una propiedad y organización oligárquica o aristocrática de la empresa, sea estatal o privada.

No se puede lograr una industrialización independiente sin un esfuerzo gigantesco por crear investigación y tecnología nacional.

El proyecto, en gran parte, es una superposición de medidas sin una concatenación interna.

Todo proyecto económico, sea en la sociedad que sea, tiene que relacionar la producción de bienes con la distribución de los mismos. Por eso en los estudios económicos debe expresarse la relación coherente entre la producción de bienes, la distribución y los servicios. Hay que tener mucho cuidado para que en una sociedad como la nuestra la nacionalización

de los servicios básicos de salud, educación, transporte, electricidad, etc., y el uso gratuito de algunos de ellos vaya acompañado de una sistemática labor para crear espíritu de trabajo. Incluso hay que buscar la forma de relacionar ese disfrute con la tarea de producción para no convertir al país en una gigantesca masa de mendigos bien alimentados mientras duren los reales del Estado.

Hay otro punto básico que ya se sale de las medidas de un artículo, pero, por considerarlo fundamental a toda búsqueda de una nueva sociedad en Venezuela, no podemos dejar de señalar someramente. Nos referimos al enfoque consumista que hoy está siendo tal vez el factor cultural más difundido a través de los medios de comunicación social. Se nos recomienda consumir, consumir lo más caro, lo último. Ellos nos dicen que el amor, la felicidad, la afirmación de la persona, etc., están en endeudarse, en gastar lo que no se gana, en hipotecarse para toda la vida. La producción queda ignorada. Este distorsionamiento lleva a una deformación de las gratificaciones sociales y a una influencia negativa del "efecto demostración". Comprendemos que el tema requiere una explicación y análisis más largos, por lo que lo dejamos para otra ocasión.

Un último punto referente a la investigación científica. Nuestro problema no es la fuga de cerebros al extranjero, sino la fuga de cerebros de la investigación, de la docencia universitaria y de la administración pública hacia la empresa privada, por el efecto distorsionante de los sueldos exagerados en ésta a los profesionales mejor cualificados. La solución no está, como se piensa a veces, en subir los sueldos que caen sobre el presupuesto —pues éste no resiste más y ya hay diferencias intolerables—, sino en regular por arriba los de la empresa privada.

Estos y otros aspectos requieren un análisis fundamental para que un programa que quiera independizar al país lo lleve a producir más que a consumir. De lo contrario, el triste espectáculo histórico de la España, rica con el oro americano, convertida pronto en mendiga de las naciones, marca el camino que seguirá la Venezuela postpetrolera.

Los partidos del Frente, así como los demás partidos, tienen la grave responsabilidad de frenar su acción antipedagógica de inflación de promesas que lleva al país al suicidio consumista. Esperamos que en lugar de mostrar al pueblo los vidrios de colores del conquistador para comprar su voto y obstaculizar su capacidad creadora, los partidos acierten a potenciar al pueblo a través de organizaciones políticas operativas para la gestión de lo que es suyo, pero que desde siglos es manejado por otros, aunque siempre, claro está, "en beneficio del pueblo".

Esperamos que esta crítica, dura a veces, contribuya al trabajo de elaborar un programa realista que sin duda están realizando los partidos del Frente.